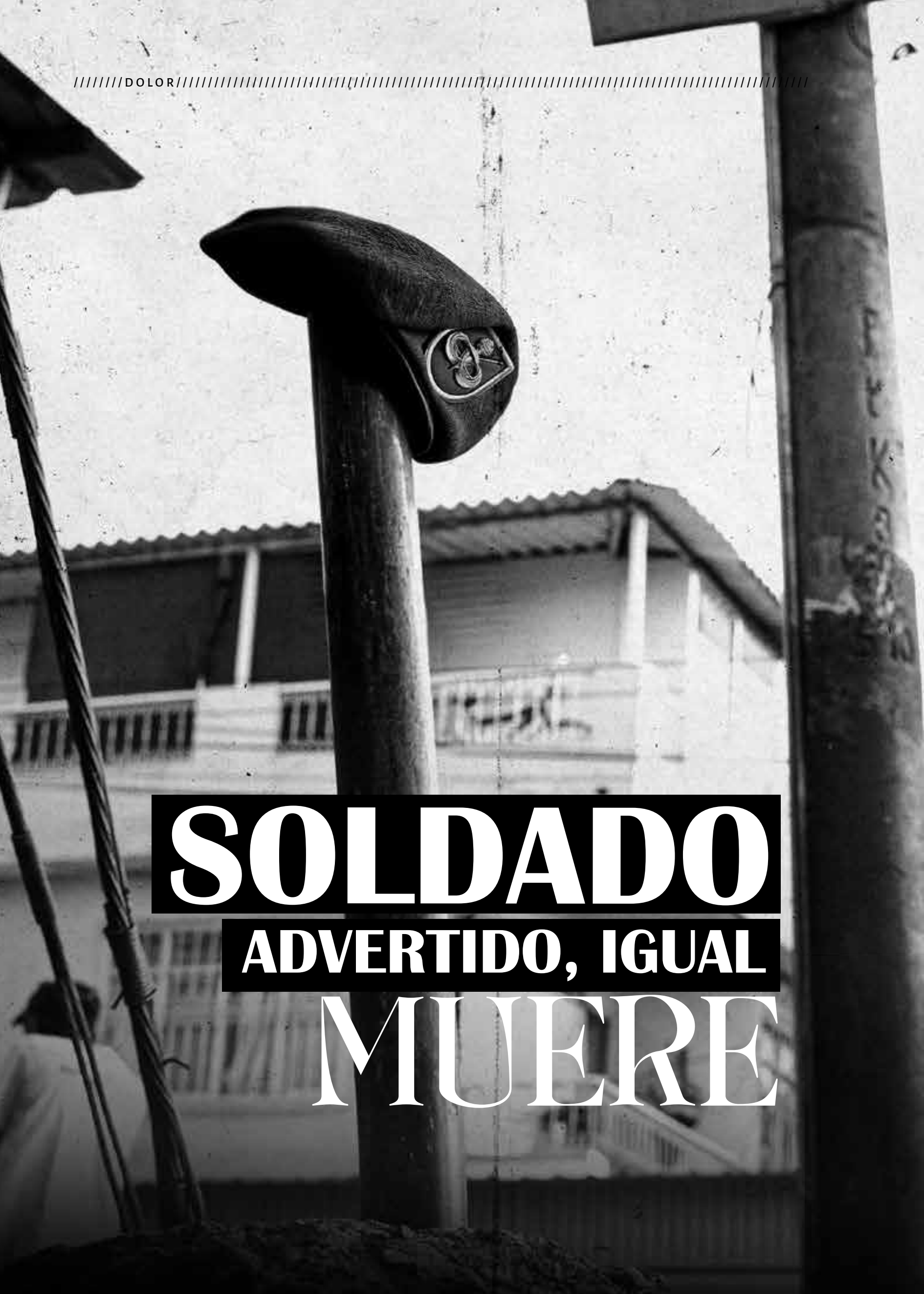


////////DOLOR////////////////////////////////////



SOLDADO **ADVERTIDO, IGUAL** **MUERE**



//// POR: KAROL ANGULO

ESTUDIANTE DE COMUNICACIÓN SOCIAL

LUIS MATEO MANYOMA ESTABA ENTRENADO PARA LA GUERRA EN LAS MONTAÑAS, PERO PERDIÓ LA VIDA A ESCASAS CUADRAS DE SU CASA. EL DESTINO TRÁGICO DE UN BOINA ROJA.

Su cuerpo quedó tendido en el pavimento, bajo un cielo que se volvía cada vez más oscuro mientras las voces alrededor se apagaban en su mente.

Un disparo, uno solo, bastó para arrebatarse todo lo que había sido y lo que sería. Los minutos pasaban convertidos en un torbellino de confusión con rostros anónimos observando mientras el latido de su vida se desvanecía. Nadie, ni en sus más oscuros pensamientos, podría haber imaginado que alguien con tanta luz sería apagado tan brutalmente.

Un soldado, quien había sobrevivido a entrenamientos duros y servido con honor a su país, ahora yacía solo, en la esquina de un bingo.

—Mateíto era el orgullo de la casa, dijo Carolina, su hermana.

—¿Por qué?

—Porque él era el único que no tenía vicios. Mi hermanito era un buen pelado.

Luis Mateo Manyoma Caicedo no solo fue el soldado, sino el hermano, el amigo, el hijo, el tío que todos admiraban. En su familia era el faro brillante que iluminaba incluso en los días más grises. Mateo siempre les daba paz, siempre llevaba calma. Cada vez que llegaba por sus vacaciones, la casa se transformaba en un espacio de alegría, como si consigo arribara también una especie de felicidad palpable.

“¡Llegó Mateíto!, ¡llegó Mateíto!”, gritaban sus sobrinos y salían corriendo a recibirlo, sabiendo que su presencia era un regalo.

Carolina recuerda con lágrimas aquellos días en los que su llegada se sentía como una fiesta, un respiro en medio de la rutina. “Siempre traía un mercado, todas nos poníamos contentas cuando lo teníamos aquí”. Es evidente, por su rostro, la nostalgia que esto le causa.

LA BOINA ROJA

En el mundo militar las boinas verdes son del Ejército; las azules, de la Fuerza Aérea y las rojas, como la de Mateo, son de los paracaidistas. Quizá no era sorprendente que su espíritu aventurero, evidente desde la niñez, lo impulsara a buscar desafíos. El deseo de asumir riesgos y lanzarse desde lo alto, lejos de provocar el vacío temido en el vientre, para Mateo era su mayor motivación.

“Mi Mateito era mi niño más obediente, nunca me refutaba nada, él en todo lado era así”. Son las palabras de María, su madre, quien profundamente devota a Dios agradece por el ser excepcional que fue su hijo. Que en poco tiempo ascendiera por buena conducta en el Ejército, no era coincidencia.

Mateo era diferente, todos lo recuerdan así. Era el único que jamás se metía en problemas. Cada vez que lo veían entrar por la puerta con su uniforme impecable, no solo observaban al soldado que servía a su patria, sino al muchacho que traía orgullo al barrio Comuneros, en Cali, y a su familia.

Quizá no era sorprendente que su espíritu aventurero, evidente desde la niñez, lo impulsara a buscar desafíos. El deseo de asumir riesgos y lanzarse desde lo alto, lejos de provocar el vacío temido en el vientre, para Mateo era su mayor motivación.



—¿No les daba miedo que estuviese en el Ejército? Le pregunté a su hermana Kelly, quien tardó unos segundos en responder. Mientras se acomodaba en el asiento y miraba fijamente la foto que estaba colgada en la pared.

—Nosotros llegamos a pensar que si a Mateíto le pasaba algo era allá en el Ejército. Sí sabíamos que había riesgo de que nos llamaran y nos dijeran que ya no volvía a casa. Por eso cuando venía sentíamos que estaba seguro.“

LA LAVÓ PARA SU VELORIO”

Una casa en obra gris, con el piso rústico apenas aplastado con arena, paredes altas y un techo tejado, le dio los momentos más felices al de la boina roja. Una acera fría y áspera, al lado de un poste, en medio del

Cada vez que lo veían entrar por la puerta con su uniforme impecable, no solo observaban al soldado que servía a su patria, sino al muchacho que traía orgullo al barrio Comuneros, en Cali, y a su familia.

bullicio y las apuestas del bingo, fueron testigos de su muerte despiadada.

La familia estaba reunida, como tantas otras noches, compartiendo momentos cotidianos que ahora, en retrospectiva, se sienten casi sagrados. Ese día él había lavado toda la casa, desde el antejardín hasta el patio.

—La lavó para su velorio, dijo Kelly, quien añadió que hasta los vecinos se habían enterado de que él estaba allí, pues la música de ‘maleanteo’ que le gustaba sonaba a todo volumen en el bafle de la sala.

Mateo, siempre muy cercano a Carolina, la llamó esa noche para tomarse una foto juntos, un simple gesto que ahora se ha convertido en un último recuerdo congelado en el tiempo. Estaba feliz, todo indicaba que esa noche sería una más de risas, conversaciones y reencuentros con familia y amigos. Pero el destino, caprichoso y cruel, tenía otros planes.

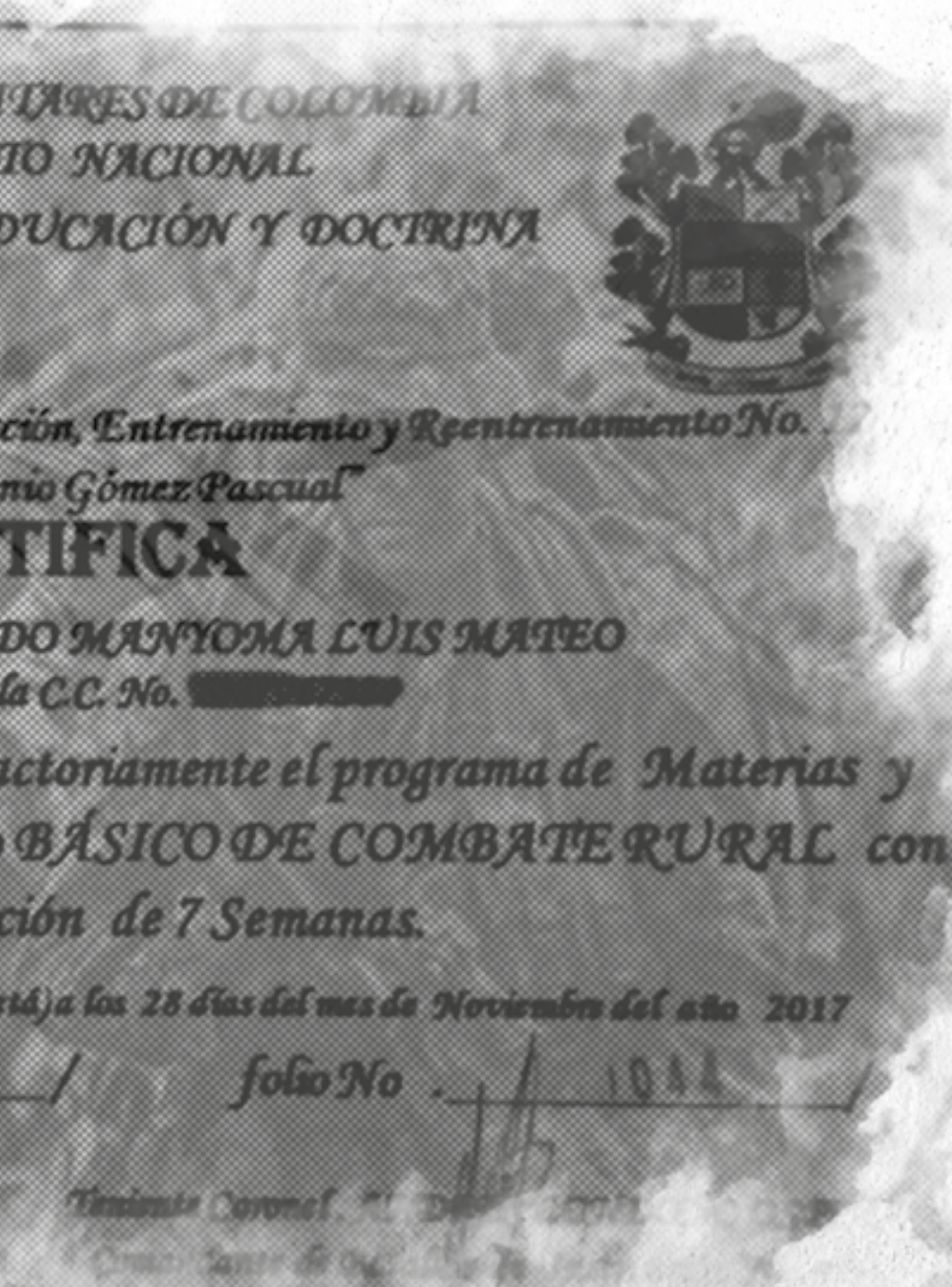
El 7 de diciembre de 2022 parecía un día común. “Él se puso un conjunto azul y salió oliendo rico como siempre”, dijo su sobrina Hellen, quien momentos antes de su partida le tomó fotos a su tío guapo.

Apenas habían pasado unos minutos desde que salió a encontrarse con sus primos Felipe y Diego, cuando un celular sonó en casa. Unas pocas palabras apenas entendibles pronunciadas por Diego lo cambiarían todo:

—¡Vengan rápido que Mateíto está acá tirado!

—¿Tirado?, preguntó—Carolina confundida.

—¡Sí!, ¡vengan rápido, vengan!



Carolina, sin entender aún la magnitud de lo que estaba por ver, salió junto a su cuñado 'Fichi' en una moto. Como era de esperarse, en el camino iba pensando lo peor.

Lo encontró en el suelo, rodeado por personas que no conocía, rostros ajenos que no entendían el dolor que empezaba a consumirla por dentro. No hubo preguntas, no había tiempo para eso, solo lágrimas, desesperación y una sensación de impotencia que la aplastaba cada segundo que pasaba. Frente a ella, Mateo inmóvil, sobre un mar de sangre.

“¡Cálmate, Carolina!, ¡cálmate!”, le decían Kelly y Eliana, sus otras hermanas, que llegaron justo después, no a llorar, sino a buscar respuestas.

El relato de lo que ocurrió esa noche es confuso e incierto. Y como todo lo que pasa en Cali, surgieron múltiples versiones.

–Nosotros estábamos en la bomba tanqueando y una muchacha se iba a colar. A mí eso me dio mucha rabia, dijo Felipe.

–¿Nosotros quienes?

–Mateíto; Diego, mi hermano, y yo.

Exaltado por el malentendido, el primo del soldado cruzó algunas palabras subidas de tono con la muchacha, pero según él, nada que indicara lo que vendría después. Ella se fue, pero no por mucho tiempo. Volvió con una “gallada” armada, buscando venganza por lo que parecía una pequeñez.

Mateo, en medio del caos, intentó salir de ahí en contravía por la calle de El Poblado. Dice la gente que lo vio que algunos pensaron que estaba robando. Todavía hay en el aire un par de versiones con esa premisa. Otros relatos indican que un policía, viendo la escena, decidió intervenir. Curiosamente el mismo que después diría que Mateo le apuntó con un arma: nadie pudo corroborarlo.

Un disparo sonó. De dónde vino fue lo que menos importó, pues en un instante todo terminó.

EL DESTINO CAMBIÓ DE UNIFORME

Alguien diría por ahí que la incertidumbre es una posición incómoda, pero la certeza es una posición absurda, desgarradora.

–¿Después de eso qué hicieron?

–Dejamos todo en manos de Dios, dijo María, la madre de Mateo, con una marcada resignación que quizás solo puede entender quien ha estado en su lugar.

La familia se sumergió en el dolor, pero también en la confusión. Kelly fue la primera en intentar buscar respuestas a todas esas dudas. Contó que esa misma noche habló con el policía, quien aseguró que Felipe disparó en medio del caos y luego se fue. Pero esa versión nunca tuvo sentido para la familia Manyoma.

La hermana contó que no pasó mucho tiempo para que algunos videos que circulaban ya en redes confirmaran lo que siempre supieron en su corazón: el disparo que mató al soldado fue hecho por el policía.

Según la familia, el presunto asesino solo fue trasladado. Ellos no tuvieron energías para seguir en la búsqueda de una justicia que sentían demasiado lejana.

“Nada nos va a devolver a Mateo”, dijo Carolina.

El vacío que dejó Mateo es profundo y persistente. La vida en casa sigue, no se detuvo. Por el contrario, avanza a todo dar, pero ya nada es igual. Kelly, Eliana, María, Hellen, Carolina, Nicol, demás hermanos y sobrinos, todos siempre tan reservados, confiesan que en la soledad de la noche la tristeza regresa, abrazándolos en un silencio insoportable. A veces encuentran difícil siquiera mirar a un policía en la calle, ese uniforme abre la herida de nuevo.



“A Mateito todo mundo lo quería”, es la frase en la que coinciden todos los que lo conocieron. Sus colegas del Ejército, que después de su muerte no se despegaron ni un segundo de la casa, aún veneran su nombre; sus amigos de infancia, del barrio, lo recuerdan con amor, y su familia lo tiene presente cada día.

Cuando llega diciembre el dolor vuelve a la casa Manyoma como un fantasma que asecha y nunca se va. Las risas que alguna vez llenaron el hogar en esas fechas han sido reemplazadas por recuerdos, por lágrimas contenidas y por un profundo sentido de injusticia. Nadie, ni el tiempo ni la fe, han logrado cerrar la herida que dejó su partida.

La ironía de todo esto es que Mateo, un soldado que se preparó para los peligros de la guerra, quien sabía de los riesgos de servir a su país, murió a escasa distancia de su casa, por una bala que al parecer fue disparada por quien debía protegerlo. Mateito, el soldado advertido, igual murió, y con él, se fue una parte de la vida de todos los que lo amaron.

Cuando llega diciembre el dolor vuelve a la casa Manyoma como un fantasma que asecha y nunca se va.

